

ANEXO III

ARGUMENTARIO Y CONTEXTO DE LA CONVOCATORIA

La construcción europea ha estado históricamente vinculada a la capacidad de los Estados europeos para afrontar conjuntamente desafíos que, por su dimensión, superan las posibilidades de actuación individual. Desde sus orígenes, la integración europea ha supuesto la puesta en común de recursos, competencias y capacidades con el objetivo de consolidar la paz, la estabilidad, la prosperidad y una mayor capacidad de actuación de Europa en el mundo.

La integración económica constituye uno de los pilares fundamentales de este proceso. La creación del mercado común y, posteriormente, del mercado único, la Unión Económica y Monetaria y el euro representaron avances decisivos en la construcción de un espacio económico europeo integrado. Al mismo tiempo, las sucesivas crisis económicas y financieras pusieron de manifiesto tanto la fortaleza de la integración como las limitaciones de una arquitectura europea que, en determinados ámbitos, no disponía todavía de instrumentos suficientes para responder de manera común, rápida y eficaz a situaciones de gran impacto.

La crisis financiera y de deuda soberana de la zona euro constituyó un momento especialmente relevante. En este contexto, el liderazgo de Mario Draghi al frente del Banco Central Europeo contribuyó decisivamente a preservar la estabilidad de la moneda única y a reforzar la confianza en el proyecto europeo. El Jurado del Premio Europeo Carlos V valoró su capacidad para afrontar una de las mayores crisis vividas por la Unión, su defensa de la fortaleza del euro y de la autonomía del BCE, así como su capacidad de previsión, diálogo y búsqueda de soluciones al servicio de una Europa unida.

La trayectoria de Mario Draghi constituye, por tanto, un punto de partida especialmente significativo para reflexionar sobre la relación entre gobernanza económica, capacidad institucional, toma de decisiones y proceso de integración europea. El reconocimiento concedido por el Premio Europeo Carlos V destaca, además, la dimensión ética de la gobernanza económica y la necesidad de situar los principios europeos en el centro de las decisiones que afectan al futuro de la Unión.

En este marco se sitúa el debate contemporáneo sobre la autonomía estratégica europea. La creciente competencia económica y geopolítica, la transformación de las cadenas globales de suministro, las dependencias en materias primas y tecnologías críticas, la seguridad energética, la revolución digital, la transición ecológica y los cambios en el orden internacional han ampliado el significado de la autonomía europea.

La autonomía estratégica no debe entenderse únicamente en términos de seguridad y defensa. Incluye también la capacidad de la Unión para mantener y desarrollar capacidades industriales, tecnológicas, energéticas, financieras y comerciales que le permitan definir sus intereses, reducir vulnerabilidades excesivas y actuar de forma eficaz en un entorno internacional cada vez más competitivo e incierto.

En este contexto, la competitividad europea ocupa un lugar central. La productividad, la innovación, la investigación y el desarrollo, la inversión, la disponibilidad de capital, la fortaleza del mercado único, el acceso a la energía, las capacidades tecnológicas y el capital humano son elementos esenciales para garantizar la prosperidad y la capacidad de actuación de Europa.

El informe de Mario Draghi sobre el futuro de la competitividad europea ha contribuido a situar estos desafíos en el centro del debate europeo, destacando la necesidad de incrementar la productividad y la inversión, reducir las brechas de innovación, avanzar simultáneamente en la

descarbonización y la digitalización y reforzar las capacidades industriales y tecnológicas de Europa. El debate suscitado por estas propuestas plantea también cuestiones fundamentales sobre la capacidad de los Estados miembros y de las instituciones europeas para movilizar recursos, coordinar políticas y adoptar decisiones comunes de la dimensión necesaria.

La competitividad, sin embargo, no puede desvincularse de la dimensión social del proyecto europeo. La capacidad de Europa para competir debe contribuir al empleo de calidad, la cohesión social y territorial, la protección social y el bienestar de la ciudadanía. Las transiciones económica, digital y ecológica generan oportunidades, pero también costes y riesgos que deben abordarse mediante políticas europeas capaces de combinar innovación, competitividad y justicia social.

La autonomía estratégica también depende de la capacidad europea para movilizar inversión pública y privada. Las experiencias desarrolladas durante las últimas crisis, incluidos los mecanismos europeos de financiación y recuperación, han mostrado que la Unión puede avanzar hacia instrumentos comunes cuando las circunstancias lo requieren. Al mismo tiempo, estas experiencias han abierto un debate sobre la necesidad de contar con bienes públicos europeos, mecanismos financieros comunes y recursos suficientes para afrontar desafíos que ningún Estado miembro puede resolver por sí solo.

Todo ello conduce inevitablemente a la cuestión de la gobernanza económica europea. La coordinación de las políticas económicas y fiscales, las reglas presupuestarias, la supervisión financiera, la unión bancaria y de los mercados de capitales, los mecanismos de solidaridad y la financiación de inversiones estratégicas forman parte de un sistema complejo en permanente evolución. Su eficacia depende no solo de los instrumentos disponibles, sino también de la capacidad de las instituciones europeas y de los Estados miembros para alcanzar acuerdos y aplicarlos.

La cuestión de la toma de decisiones es igualmente esencial. La Unión Europea combina procedimientos y niveles de decisión diferentes, en los que intervienen las instituciones europeas, organismos europeos de carácter consultivo, y los Estados miembros. La unanimidad puede ofrecer garantías en ámbitos especialmente sensibles, pero también puede dificultar respuestas rápidas y eficaces cuando existen intereses divergentes. La mayoría cualificada, la cooperación reforzada y otras formas de integración diferenciada pueden ofrecer alternativas, aunque plantean a su vez cuestiones de legitimidad, cohesión y equilibrio institucional.

En este contexto adquiere especial interés la idea de un «federalismo pragmático»: una concepción de la integración europea orientada a profundizar la acción común allí donde esta aporta un valor añadido claro, permite afrontar mejor los desafíos compartidos y refuerza la capacidad de Europa para actuar, sin exigir una uniformidad completa entre los Estados miembros. Esta aproximación invita a estudiar de qué manera puede combinarse una mayor capacidad europea con el respeto de la diversidad nacional, regional y territorial.

El debate sobre la autonomía estratégica y la competitividad europea está, por tanto, estrechamente relacionado con el futuro del proceso de integración. Una Unión con mayores capacidades económicas, industriales, tecnológicas y financieras necesita también mecanismos institucionales y democráticos adecuados para ejercerlas. La cuestión no consiste únicamente en disponer de más recursos, sino en determinar cómo se toman las decisiones, quién responde políticamente de ellas y cómo se garantiza su legitimidad y rendición de cuentas.

La dimensión democrática resulta especialmente relevante. El fortalecimiento de la capacidad de actuación de la Unión debe desarrollarse respetando los valores establecidos en los Tratados: democracia, Estado de Derecho, derechos fundamentales, igualdad, solidaridad y respeto de la

diversidad. La autonomía estratégica europea solo puede consolidarse de forma sostenible si cuenta con la confianza de la ciudadanía y si las decisiones comunes se perciben como legítimas, transparentes y orientadas al interés general europeo.

Asimismo, la educación, la investigación, la innovación y la formación constituyen elementos fundamentales de esta autonomía. La capacidad de desarrollar tecnologías, generar conocimiento, atraer y retener talento y formar a las nuevas generaciones determina en gran medida la posición futura de Europa. En este ámbito adquiere especial relevancia la juventud, cuya participación y preparación son esenciales para garantizar la continuidad y renovación del proyecto europeo, aspecto expresamente destacado por el Jurado del Premio Europeo Carlos V al reconocer la trayectoria de Mario Draghi.

La autonomía estratégica debe contemplarse también desde una perspectiva internacional. La transformación de las relaciones entre las grandes potencias, la competencia tecnológica, las nuevas dinámicas comerciales, las cuestiones energéticas y las tensiones geopolíticas obligan a la Unión a reforzar su capacidad de actuación, manteniendo al mismo tiempo su compromiso con el multilateralismo, la cooperación internacional, el Estado de Derecho y un orden internacional basado en reglas.

La cuestión central que plantea esta convocatoria puede formularse, por tanto, de la siguiente manera: ¿cómo puede la Unión Europea reforzar su capacidad para decidir y actuar conjuntamente en un entorno internacional cada vez más complejo, aumentando su competitividad y autonomía estratégica sin perder la diversidad, la legitimidad democrática y los valores que sustentan el proyecto europeo?

A partir de esta cuestión, la presente convocatoria pretende impulsar investigaciones académicas pluridisciplinarias que analicen las transformaciones económicas, políticas, institucionales, jurídicas, sociales y geopolíticas que condicionan el futuro de la Unión Europea. Se busca favorecer estudios que, desde una perspectiva histórica y contemporánea, contribuyan a comprender los desafíos de la competitividad europea, la autonomía estratégica, la gobernanza económica, los mecanismos de toma de decisiones y las posibles vías de profundización de la integración.

En coherencia con el espíritu del Premio Europeo Carlos V, las investigaciones deberán contribuir al debate sobre cómo construir una Europa más competitiva, resiliente, capaz de actuar, democrática, solidaria y cohesionada, reforzando al mismo tiempo su capacidad para afrontar los grandes desafíos del siglo XXI.